DANIEL RUIZ

EL OTRO LADO DEL ASCENSOR



Áurea Ediciones

© El otro lado del ascensor
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Octubre 2023
© Daniel Ruiz
Edición general: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan 'Nitrox' Márquez
Corrección de textos: Felipe Reyes
Diagramación: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6183-54-9
Registro de Propiedad Intelectual: Nº 2021-A-11912



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Para todo paria, como yo, que entre a este cuento sobre parias, como nosotros.

Si hay problemas, todo lo que los fenómenos tenemos es el uno al otro.

Guillermo del Toro, Hellboy, 2004

ESOS PUERTOS
PREFACIO

Qué alucinante es conversar sobre Valparaíso.

Valparaíso y sus puertos. Sus calles, edificios y habitantes. Las más extravagantes criaturas se dan cita en cada atardecer entre esos benditos cerros y quien logró hablar con algunas de sus sombras en algún rincón de la ciudad, jamás puede olvidarlo. Conversar sobre Valparaíso es volver a recorrerlo, sintiendo la bruma de la madrugada y divisando el reflejo de las luces en esas veredas que de noche se parecen tanto al océano.

"Un lugar como este no debería existir", le escuché alguna vez a un extasiado extranjero, y vaya que le encuentro razón. Hay algo absolutamente surrealista en Valparaíso, tanto en su forma física como en su alma profunda. Muchos de sus callejones se elevan desde el mar hasta alcanzar las nubes y sobre ascensores, desde lo alto, podemos admirar los colores de un destino imposible, completamente atiborrado de historias y recuerdos. Me atrevería a decir que quien no paseó por Valparaíso nunca conocerá Chile del todo, porque cruzar sus avenidas es vivir esa realidad tan porteña, tan romántica y azarosa como el horizonte marino, donde nada es totalmente real, pero tampoco ficticio, y todo tiene posibilidad de existir.

Pensándolo mejor, quizás se trata de un imán que alguien o algo plantó en la Región de Valparaíso, una especie de

anzuelo invisible que nos lleva por cada hermosa localidad de sus provincias, para arrastrarnos de a poco hasta las olas. Les doy un ejemplo. Conocí al autor de estas páginas en el centro de Quilpué, luego de una hermosa presentación en el teatro municipal de la comuna en la que hablamos de guardianes y otras fantasías. Es un hecho: a través de las historias, comprobamos empíricamente que ese magnetismo existe, porque luego de intercambiar un par de frases y carcajadas, terminamos almorzando en un local frente a la plaza, brindando felices por otros cuentistas, autores y creaciones llenas de magia y hechicería.

Nuestro nuevo amigo se hacía llamar el Bárbaro del puerto, y cuando alguien te comparte un apodo de tal magnitud, te das cuenta de que todo lo que está impreso en un carnet de identidad no son más que letras y números, porque la mejor definición de nosotros es la que cada uno puede decir de sí mismo. Este gentil Bárbaro, aventurero y fanático, nos sorprendió al contarnos que fabricaba armas para guerreros de otros tiempos, y cuando por fin le pregunté si vivía en la comuna, simplemente susurró: "yo viajé para verlos", para luego agregar con voz serena: "porque vengo de Valparaíso". Vaya sorpresa. Otra vez ese lugar. La ciudad de las mil puertas y de los mil puertos. Porque, podrán decir cualquier cosa, pero algo es seguro: años después de ese encuentro, estoy escribiendo estas palabras para el primer libro del Bárbaro, de ese extraño Bárbaro, que contiene algunas de las increíbles ideas que conversamos aquella vez tras chocar nuestras copas.

Aquí dentro te encontrarás con un montón de mitos urbanos saliendo de bares, pesadillas emergiendo a la luz de la luna y una galería de personajes tan porteños como su autor, dispuestos a tener charlas tan creativas, apabullantes y frenéticas como las que tuvimos en esa inolvidable plaza. Soy un convencido de que leer las páginas de este libro equivale a dar un paseo por Valpo, por sus eternas avenidas y esquinas;

si pones atención, podrás sentir cómo se levanta sobre cada capítulo una nostálgica neblina que murmura borrosas memorias de juntas en otra época, cuando viajábamos más y la noche aún nos llamaba. Es tal como les contaba al principio, porque leer esta novela es volver a conversar sobre Valparaíso.

Valparaíso y sus puertos.

Valparaíso y sus muertos.

Acércate, sin miedo. Desde acá podremos ver el mar.

Sebastián Castro
La Florida, agosto de 2023

CAPÍTULO UNO

—Ugh… no recuerdo la última vez que tuve resaca…

La noche pasada había tomado con un par de trols. Se llamaban Iván y Alberto. Cuando los vi pensé que eran orcos, pero me corrigieron después de las primeras cervezas. Aprendí bastante sobre las diferencias entre orcos, ogros, trols, onis, traucos, cíclopes, cherufes, gigantes… ¿Mencionaron otra cosa? Ya ni recuerdo…

Me dolía la espalda.

—Bueno, ¿qué hora es? —estirándome, me levanté del banco donde estaba tirado y tomé mi reloj—. Un cuarto para las siete de la mañana y estoy en la plaza Victoria… Espera, hay algo diferente aquí —un ruido saliendo de mis tripas me interrumpió—, tengo hambre.

Caminando me dejó de doler la espalda, pero me dolieron los hombros.

Pasé por Bellavista. "¿Por qué siempre hago el mismo recorrido? Plaza Victoria, Bellavista, plaza Aníbal Pinto… Será que están cerca".

Estaba en el centro de Valparaíso, el centro plano, junto a tanto puerto y mar, todo rodeado de cerros cercanos y lejanos. Y a esa hora tan temprana, se veía vacío. Claro, veía gente, personas yendo a sus trabajos, tiendas abriendo, pero comparándolo con las noches anteriores, se veía vacío.

—¿Cuántos éramos anoche? Estaban los hermanos trols y ese tipo, ¿cómo se llamaba? Leonardo, yo y… Eduardo con su amigo no llegaron así que… ¿Éramos cuatro o cinco?

Entonces recordé. Éramos cinco: Iván, Alberto, Leo, yo,

y también estaba ella.

Como era esperado, pasé por Aníbal Pinto. Como normalmente, seguí de largo. Como siempre, me divirtió pasar de esa plaza tan social y festiva, incluso cuando no queda gente, a Esmeralda, una calle cada vez más tranquila, con oficinas y tiendas de comida donde reciben a quienes trabajan ahí.

Encontré desayuno.

—Deme lo mejor para pasar la resaca —pedí, después de saludar—, y en gran cantidad.

No me fijé en qué me vendieron. Di las gracias y seguí mi camino. Solo noté que caían migas. Bastantes.

"¿Compré pan o un pastel?", me preguntaba caminando a la vez que comía, distraído mientras miraba al cielo, "tal vez compré galletas".

Avanzando entre murallas grises de oficinas que aún no abrían, pasando de una calle parecida a otra hasta ver la plaza Sotomayor, noté mi polera cubierta por esas migas. El estampado, con la forma de un cuervo negro sobre la polera también negra, todo tan cubierto de motas blancas, me recordó un cielo estrellado. Luego noté que estaba más mareado que antes.

—Maldita resaca, por suerte no la tengo más de una vez al año… Llegué.

El mismo camino de siempre. A veces comienza más lejos, a veces más cerca, a veces no sé dónde comienza, pero siempre termina siendo el mismo camino. La plaza Victoria, al centro de todo; luego la calle Bellavista y la plaza Aníbal Pinto, tan activas siempre; la calle Esmeralda con su silencio, la plaza Sotomayor y el muelle Prat.

Ese muelle ha sido uno de mis lugares favoritos para ver el amanecer desde que tengo memoria. No solo por la vista y el horizonte, también por los pájaros. Sobre todo, cuando ando con tantas migas encima.

—Saben —les dije a unas cuantas palomas y un par de

gaviotas—, a la gente le gusta esta ciudad por varias razones diferentes. El mar, la arquitectura, los ascensores, el festejo, la comida, la vida nocturna… —una paloma miraba de lejos, como si quisiera acercarse, pero tuviera miedo— a mí me gusta por muchas cosas, pero la más importante son ustedes. Y eso te incluye a ti —le dije a esa paloma asustada—, ven, acércate, me quedan varias migas, las guardé para alguien como tú —primero me miró fijamente y luego, con aleteos torpes, se acercó—, no tengas miedo.

Mientras el brillo del sol se dejaba ver cada vez más fuerte, esa paloma terminó subiéndose a mi mano. Creo que ya no tenía miedo.